

remiten a proyectos metafísicos, como las interpretaciones que sustituyen el ser por la diferencia. Y, precedido por otros estudios anteriores, como sus libros sobre Nietzsche y sobre Schlegel, Sánchez Meca formula de modo conciso una propuesta hermenéutica sobre ambos autores, que nos introduce en el debate no sólo interpretativo, sino esencial, sobre la construcción de la identidad humana en un contexto social en el que la pérdida de la ilusión metafísica no puede ir unida a la renuncia a ser, a construirse, aunque la construcción no deba recrearse en falsas esperanzas sobre un final feliz, sobre una transformación total de la humanidad: acepta el dolor de la falta de esperanza absoluta no debe llevar a la renuncia a la vida concreta y llena de posibilidades, como nos muestra la reflexión sobre el *Übermensch* nietzscheano.

La estrategia del autor, la relectura profunda de algunos de los principales hitos de la modernidad en torno al sujeto, nos enfrenta de modo progresivo a la memoria de un tiempo, la modernidad, del cual venimos y del cual hemos olvidado en gran medida su significado, envueltos en potentes interpretaciones que no permiten meditar, y meditarlos, en la plenitud compleja del pasado. En el prólogo, el autor propone su objetivo: contribuir a pensar con mayor claridad ciertas ideas y metáforas que siguen presionando sobre nosotros, buscando en lo posible la conexión entre la problemática tratada y la situación actual. Y esto tanto desde el debate con las posturas filosóficas vigentes, cuanto desde la comprensión de las diversas dimensiones de la individualidad, entre ellas su carácter histórico y social. En primer lugar, aborda la reflexión sobre la noción de progreso y sus contradicciones internas, centrándose en Platón, San Agustín y Kant. En segundo lugar, en torno al primer Schlegel, analiza el ideal de la autoformación en el horizonte del infinito, y la propuesta de una nueva *Bildung*. En tercer lugar, se centra en las interpretaciones del superhombre de Nietzsche. Y en cuarto lugar en la comprensión de la vida como proyecto histórico en Ortega. Pero, como ya he indicado, quizás el mayor mérito de esta obra sea la meditación, intrínseca a cada capítulo, sobre los límites de ciertas interpretaciones de estos autores, y sobre los presupuestos de dichas interpretaciones, buscando salir de la parálisis que atenaza al hombre actual: como el mismo autor señala, si los grandes metarrelatos acerca de la racionalidad del mundo, del progreso en la historia y de la emancipación de la humanidad han concluido su vigencia, no ha desaparecido, en cambio, la necesidad de nuevas soldaduras entre *logos* y *polemos*, o la exigencia de una educación de la humanidad que aspire a convencer, no a vencer, como alternativa a las revoluciones políticas que pueden tal vez vencer, pero sin convencer.

Antonio LÓPEZ PELÁEZ

RODRÍGUEZ HUÉSCAR, A.: *Semblanza de Ortega*. Barcelona/Ciudad Real, Anthropos/Diputación Provincial de Ciudad Real, 1994.

José Lasaga se ha encargado de editar esta obra que el filósofo manchego Antonio Rodríguez Huéscar, nacido en Fuenllana (Ciudad Real) en 1912, dejó lista para la imprenta antes de su muerte, acaecida en Madrid en 1991.

El libro recoge catorce artículos compuestos entre 1953 y 1984. Sin embargo, esta dispersión temporal no se traduce en diseminación temática, pues el propio autor los ordenó de acuerdo con afinidades temáticas en cinco apartados bajo los epígrafes: El

hombre integral; El maestro; Ortega y la política; La recepción de Ortega, y Su perspectiva filosófica. A lo largo de ellos, el autor traza con destreza los rasgos esenciales de la personalidad humana e intelectual del que fuera su maestro, Ortega y Gasset.

Los tres primeros apartados contienen la semblanza humana de Ortega descrita por un testigo de su vida y magisterio intelectual —Huéscar fue discípulo de Ortega en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de Madrid de 1931 a 1936—. Tienen, pues, un marcado carácter testimonial. Aquí radica para su autor el valor principal de la obra: contribuir al conocimiento de la personalidad y de la acción intelectual de Ortega con materiales «de primera mano» (cfr. p. 13). El primer apartado («El hombre integral») constituye un loable esfuerzo por condensar en veintitantas páginas lo «más esencial de la persona, y aun de la personalidad de Ortega» (pág. 12). Huéscar nos dice que el rasgo definitorio de la personalidad de Ortega era *su palabra viva*, dotada de una asombrosa capacidad para desnudar la realidad y mostrárnosla en su verdad —*alétheia*— merced a su profundidad, oportunidad, radicalidad y precisión. Pero la compleja personalidad de Ortega urdía muchos más caracteres en su trama. Entre ellos destaca Huéscar los siguientes: su «socratismo», que se revelaba en el carácter mayéutico de su enseñanza, en el sentido ético que le daba a la verdad y en la dedicación de su vida entera al servicio de España como Sócrates la dedicara al de Atenas; su «platonismo inmanente», manifiesto en su doctrina del amor intelectual que busca la perfección de lo amado; su nuevo «heracliteísmo», ajeno al biólogo, que ve la realidad humana como un *hacer o hacerse* (el hombre no tiene naturaleza, sino historia), y su «cartesianismo», patente en la radicalidad de su pensamiento, en su afán de claridad y en su *bon sens* —sentido de la moderación, de la medida y la elegancia, alejado de todo patetismo—. Estos son los caracteres que configuran, al decir de Huéscar, la «genialidad orteguiana» (pág. 19). El segundo apartado comienza y termina (capítulos 2 y 4) con la narración de lo que supuso para el autor su relación discipular con Ortega, e intercala (cap. 3) un análisis de las múltiples dimensiones de la acción educativa desplegada por éste, acción que siempre fue mucho más allá del ámbito académico universitario, pudiéndosela calificar de auténtica «pedagogía social» ejercitada a través de la literatura, el periódico, la conferencia, la tertulia. Cuando Huéscar evoca sus años de estudiante en Madrid, se trasluce la emoción de haber vivido un momento de plenitud sin parangón en la historia universitaria de España, en el que se reunieron en una misma Facultad filósofos de la talla de Xavier Zubiri, Manuel García Morente, José Gaos, Julián Besteiro, Zaragüeta... y el que sin duda era el alma de ese movimiento, Ortega. Para Huéscar, el magisterio de Ortega significaba una convivencia intelectual en la verdad posibilitada por «la ejemplaridad del maestro» (pág. 51), en quien existía una profunda penetración entre verdad y vida, de modo que en su enseñanza se percibía «la *razón vi-viente* en marcha, personalizada, haciéndose» (pág. 52). El tercer apartado contiene una serie de reflexiones sobre el significado de la política en el pensamiento y en la acción pública de Ortega. De ellas cabe destacar, ante todo, que Ortega no renunció a su condición de intelectual al acercarse a la política, por lo que su actividad en este campo sólo resulta comprensible en el marco de su empresa intelectual de elevación de España «a la altura de los tiempos», uno de los aspectos básicos de su acción educativa.

El apartado IV está dedicado a la recepción del pensamiento de Ortega y se compone de cinco capítulos, a lo largo de los cuales Huéscar muestra su disgusto por la suerte que ha corrido la filosofía orteguiana dentro y fuera de España. Especialmente doloroso le resulta el trato recibido por la herencia de Ortega en nues-

tro país, donde se ha intentado silenciar su voz por una doble vía: por un lado, desprestigiando su obra mientras fue posible y tratando de privar su pensamiento de eficiencia a través de su conversión en un «clásico» definitivamente adscrito al pasado cuando ya no era posible seguir negando su valía; por otro lado, acallando a sus discípulos con el fin de truncar la transmisión de su pensamiento. Dentro de este apartado, el capítulo 11 se propone desentrañar las causas de que la semilla intelectual de Ortega no haya fructificado de modo proporcional a sus virtualidades germinativas. Huéscar identifica tres niveles de causas: *personales* —las circunstancias biográficas que le hacen renunciar a ser un filósofo sistemático—, *doctrinales* —la novedad del contenido de su filosofía, que dificulta su comprensión a pesar de su proverbial claridad— e *históricas* —la crisis que se apodera de la filosofía occidental a partir de los años 60, crisis que se manifiesta en el abandono de la vigorosa especulación metafísica de la primera mitad de nuestro siglo (Husserl, Scheler, Hartmann, Heidegger, Ortega) y en la entrega a «toda suerte de menesteres ancilares de diverso signo y de corto aliento (...), principalmente a servidumbres pseudocientíficas, y a veces también “políticas”» (pp. 198 s.).

Finalmente, el apartado V contiene tres valiosas aportaciones a la interpretación de la filosofía orteguiana. El capítulo 12 explica el concepto orteguiano de verdad como «coincidencia del hombre consigo mismo», esto es, como *autenticidad*, fidelidad al propio destino. El capítulo 13 consta de dos partes: la primera estudia, sin apartarse de los textos de Ortega, su crítica al idealismo, tanto en su forma primera o cartesiana como en su última formulación histórica, la fenomenología; la segunda estudia la superación orteguiana del idealismo en virtud de la determinación de una nueva «realidad radical», *mi vida*, cuya comprensión requiere la elaboración de nuevas categorías distintas de las propias de la filosofía tradicional. En este capítulo resume Huéscar el contenido de su libro *La innovación metafísica de Ortega* (Madrid, Servicio de Publicaciones del M.E.C., 1982), obra que, junto con *Perspectiva y Verdad* (Madrid, Revista de Occidente, 1966), constituye su principal contribución al análisis de la filosofía del maestro. El capítulo 14 y último del libro se propone hacer «una cala en la perspectiva filosófica de Ortega», perspectiva que define como «esencialmente metafísica» (pág. 232) por la radicalidad del problema que plantea: la salvación del hombre en medio de la grave crisis que es siempre la vida y, en especial, la del hombre del siglo xx. Huéscar sintetiza el sentido de la empresa intelectual orteguiana en su descubrimiento de que la crisis del mundo actual, por su amplitud y profundidad, sólo se puede superar desde una «perspectiva metafísica» que vaya a la raíz de los problemas. El libro se cierra con esta sentencia, que pretende resumir el sentido de todo el pensamiento de Ortega: «hoy, filosóficamente hablando, “fuera de la metafísica no hay salvación”» (pág. 257).

Julián CARVAJAL CORDÓN

LAURSEN, John Christian: *The Politics of Skepticism in the Ancients, Montaigne, Hume and Kant*. E. J. Brill. Leiden, 1992, 253 págs.

En un libro reciente Eugenio Trías observaba que la cultura moderna europea «es en cierto modo un experimento audaz y temerario de destrucción sistemática